

OTROS ROSTROS

Apuntes suramericanos

Por José Luis MARTINEZ

EL VIAJE POSPUESTO

SI PUDIERA hacer un viaje —oímos decir—, preferiría, por supuesto, ir a Europa.

Los Estados Unidos quedan para negocios y compras, Cuba para la fiesta, Centroamérica para necesidades inaplazables, África y Asia para los cazadores y los invitados de las embajadas soviéticas. ¿Y América del Sur? —Bueno, América del Sur para cuando haya una oportunidad—. Y, sin embargo, ver América del Sur es como reconocer las otras caras, las otras posibilidades, hacia arriba y hacia abajo, de nosotros mismos. Europa puede enseñarnos nuestras fuentes y nuestros modelos originales; América nos enseña a conocernos a nosotros mismos, a todos nosotros mismos.

Contingencias externas hicieron posible que, formando parte de una delegación, realizara durante el mes de mayo pasado un rápido viaje por siete países suramericanos —Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Perú, Ecuador y Colombia, más una corta estancia en Panamá—, dejando lamentablemente fuera del itinerario a Venezuela, Bolivia, Paraguay y las Guayanas. Lo que vi y aprendí fue sin duda menos de lo que dejé de ver o ignoré, y ello me impide articular debidamente mis juicios. Algo suplen estas deficiencias las lecturas y las informaciones, mas no tanto que, fiado en ellas, intente otra cosa que proponer algunas impresiones personales. Si para los tiempos de Verne eran buenos ochenta días para la vuelta al mundo, casi treinta —los de mi circuito suramericano— hubieran bastado para un buen viajero, si yo lo hubiera sido.

LAS DOS SURAMERICAS

ESTA ES la primera evidencia. Los trece países suramericanos no forman una unidad con caracteres unidos y constantes. En principio hay dos Suraméricas, la de los grandes países del centro y del sur: Brasil, Argentina, Uruguay y Chile, y la de los restantes países del centro y de la porción norte tropical. Aquéllos tienen una marca distintiva por haber recibido, además de las originales colonizaciones de españoles y portugueses, las de italianos y alemanes, y por tener una escasa población indígena y mestiza. Los de la porción restante, a la manera mexicana, recibieron casi exclusivamente la colonización española y tienen una población indígena y mestiza considerable. Las del sur —llamémosles así— son tierras de vino y carne, de climas fríos y buenas y extensas tierras. Los del norte, con geografías muy contrastadas, son pueblos de chichas, piscos, rones y aguardientes y dietas inciertas, próximas al uso mexicano.

BRASIL, EL PEQUEÑO PLANETA

EL CASO de Brasil es aparte, porque participa de una y otra condición y aun añade, en proporciones brasileñas, otros elementos. En principio, el país se ha desarrollado sólo en fajas

costeras y queda aún por articular, por poblar, por conocer un territorio de varias veces la extensión de nuestra República. Todo el futuro puede ser suyo. Brasil puede continuar sobreviviendo, como hasta ahora lo ha hecho, a base de sucesivos monocultivos o puede alimentar al mundo y convertirse en una de las potencias universales. Aun petróleo, carbón y hierro los tiene en abundancia. Pero comunicar e integrar un territorio de ocho y medio millones de kilómetros cuadrados —mayor que el de los Estados Unidos y sólo superado por Rusia, Canadá y China—, con las mayores selvas del mundo y los mayores ríos, mas también con llanuras y mesetas de todas las condiciones, parece una empresa ardua, en la que se progresa, sin embargo, día a día. Actualmente Brasil tiene alrededor de 80 mil kilómetros de carreteras —el doble de las que posee México— y 37 mil kilómetros de ferrocarriles, mas para apreciar la tarea por hacer recordemos que los Estados Unidos tienen cerca de cuatro millones de kilómetros de carreteras pavimentadas y 370 mil kilómetros de líneas férreas. Brasilia, la proyectada nueva capital, es precisamente un intento, de osadía muy brasileña, de centrar el crecimiento del país.

En el aspecto humano, Brasil ha sido formado por numerosos pueblos indígenas, por la colonización portuguesa, por negros, por alemanes —sobre todo en la región de São Paulo— y por gente de casi todos los países europeos. ¿Cuál podría ser entonces el tipo racial brasileño representativo? ¿La mulata negro-portuguesa, la negro-india o la mestiza india-portuguesa? Cualesquiera de éstas lo mismo que otra diferente, siempre que haya en ella ese tono de cadenciosa lejanía nostálgica —que tan bien expresa la “samba”— y que parece ser común a toda la amplia gama racial que está coexistiendo en el Brasil la “raza cósmica”.

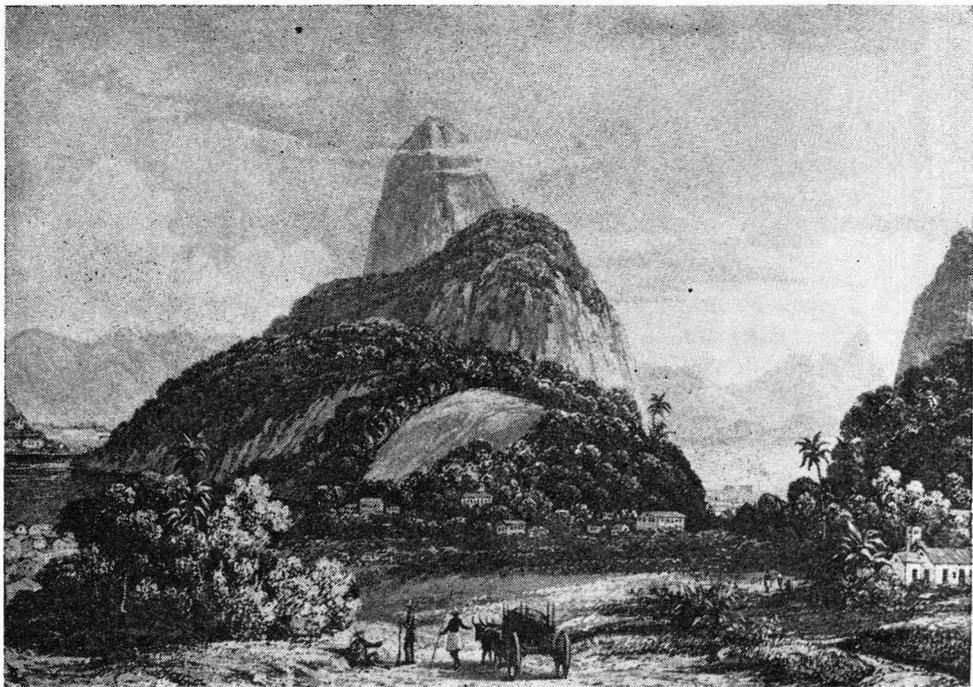
FUTBOL Y “FEIRAS”

EN UN LUMINOSO espectáculo teatral en Río se dice con fina ironía, como para balancear la cómica exageración a que son tan propensos los brasileños: “Brasil, país del futuro, fútbol del presente”. Y hay mucho de verdad en ello. Además del trabajar, amar, bailar, hablar y tomar café, los brasileños juegan fútbol o se apasionan por él. Por algo su estadio de Maracanã tiene cupo para casi tres veces los espectadores de nuestros mayores estadios. Las playas de Río, desnudas de todo resguardo para el bañista, tienen en cambio, de trecho en trecho, cientos de metas de fútbol que marcan teóricos campos donde se adiestran al atardecer los rapaces cariocas. Y cuando alguna pareja no pudo asistir a un encuentro, caminan frente a Copacabana, él con un brazo para el hombro de la compañera y otro para el pequeño radio portátil donde escuchan la transmisión del juego.

Menos el fútbol, todo lo hacen los brasileños con una lánguida prosopopeya, sin el estrépito caribe, pero con el mismo sentido de la fiesta. La transfiguración y la orgía la reservan para el carnaval, pero mientras tanto procuran no preocuparse demasiado. Nada pinta mejor este carácter lánguido y fiestero de los brasileños que su caprichosa denominación de los días de la semana. No dicen lunes, martes, miércoles, etc., sino “segunda feira”, “terça feira” y así hasta llegar a la “sexta feira” que es el viernes, tras del cual vienen fatalmente el sábado y el domingo, que vuelven a llamarse normalmente, ya que por sí mismos son días feriados, de descanso.

CALLES PARA PASEAR

¿POR QUÉ los mexicanos y sobre todo las mexicanas, no pasean por la calle, por gusto y costumbre de verse? En México caminamos lo indispensable del vehículo a nuestro destino o viceversa, es decir, siempre vamos apresuradamente a alguna parte, o cuando más, las mujeres caminan para ir de una tienda a otra. Entendemos el paseo sólo enlatados y protegidos por el automóvil, y en buena parte nuestra ciudad funciona principalmente para comodidad



Brasil.—“Todo el futuro puede ser suyo”



"Lima es la vida criolla que describiera Ricardo Palma"

Aparte de las tres comidas habituales, hay una entrecomida de la mañana, "las medias nueves", y un succulento té de las cinco que caprichosamente se llama "las once" o "las onces", aparte de que la breve taza de café fuerte, el tinto, se toma de pie en las cafeterías, en la visita o en el despacho oficial, a todas horas y sin ninguno o con todos los pretextos.

EL MUNDO INCAICO; PASADO Y PRESENTE

UN VIAJE a la América del Sur no tiene sentido —afirman los enterados— sin asomarse al más poderoso testimonio indígena, a las ruinas incaicas de Machu Picchu y de la región de Cuzco. Y aunque no se lo proponga, quien siga este consejo acabará por contrastar aquel esplendor del pasado con el miserable presente de este pueblo, o lo que es lo mismo, volar —cruzando otra vez los Andes en un pequeño avión provisto de oxígeno para los pasajeros— de las suaves gracias limeñas a la meseta andina del viejo Cuzco, de donde partirá a los picachos que resguardaron el orgullo de los poderosos incas.

Lima tiene un tono muy diferente al de estos mundos remotos. Lima es la vida criolla que describiera Ricardo Palma, llena de resabios y aromas coloniales, con su barroco grácil y luminoso —que tanto contrasta con el grave, macizo y horizontal barroco nuestro, de piedra y tezontle y que, comparado con aquél lo sentimos aún más ligado con los constructores de las pirámides— y sus balcones de madera labrada cubiertos con celosías. En la vida limeña se siente algo así como la supervivencia en los modos sociales y eróticos de la reservada picardía de las "tapadas" de la época del virrey Amat. Bolívar está presente en inscripciones y en hermosas estatuas ecuestres, pero quien parece seguir viva es Manuelita Sáenz, que con haber nacido quiteña es en Lima donde se la entiende. Viven en Lima criollos, mestizos, indios, negros y mulatos y muchos chinos, pero Lima es una ciudad relativamente moderna, organizada sobre las huellas de una ciudad colonial que fue feliz a su manera, y en todo caso, una ciudad que parece seguir viviendo la inminencia de un Tupac Amaru, de un Bolívar o de un San Martín. El mundo remoto de los incas y la presencia viva de la conquista están en la meseta cuzqueña.

de los automovilistas y no de los paseantes. Algo queda de esta vieja y buena costumbre de caminar y verse, de pasear, en las provincias donde aún se estilan las "vueltas" en los parques públicos o bajo los portales. En cada ciudad suramericana, en cambio, hay una o varias avenidas arboladas o pequeñas calles cerradas al tránsito de vehículos: la estrecha y colonial Rua do Ouvidor o las luminosas avenidas Río Branco y Copacabana en Río de Janeiro, las calles de Florida, Santa Fe y Corrientes en Buenos Aires, la calle de Ahumada en Santiago, el Jirón de la Unión en Lima, la Carrera 7ª y la 13ª en Bogotá, o la avenida 18 de Julio en Montevideo, donde, haya frío o calor, por las mañanas y por las tardes la gente pasea, conversa, discute y ve los escaparates, y todos pueden disfrutar democráticamente la fiesta de las mujeres hermosas, incomparable sobre todo en las calles de Buenos Aires.

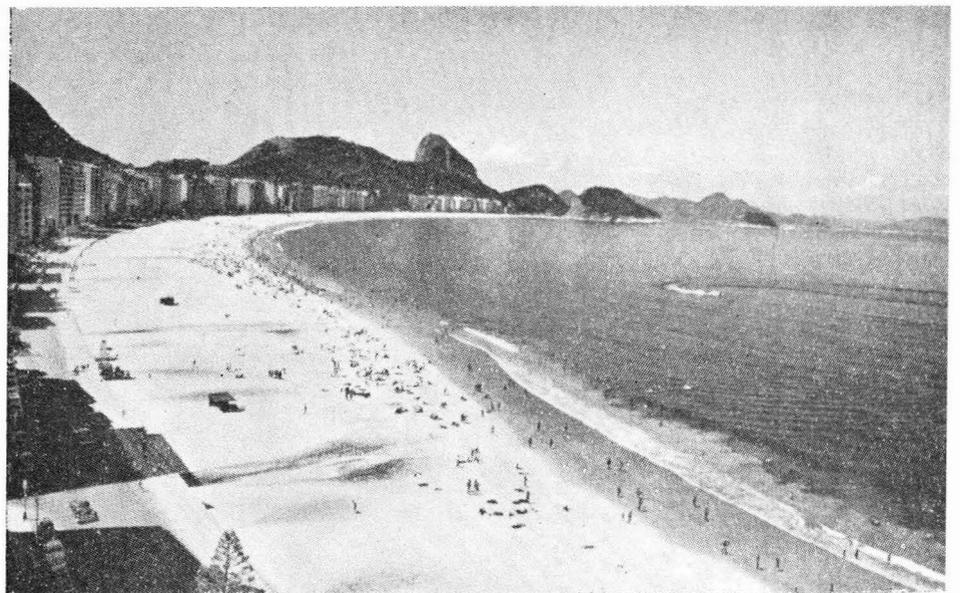
BEBIDAS Y COMIDAS

YA HE APUNTADO que hay afortunadas tierras de vinos y dramáticas tierras de aguardientes y chichas. El pisco —un aguardiente fuerte de uva— que en Chile, Perú y Ecuador prefieren tomarlo suavizado con limón, es un puente de transición como para atemperar el violento imperio del ron de caña en los países tropicales y el pesado mareo incaico de la chicha. En cuanto a comidas, hay algunas peculiaridades que sorprenden al viajero. Así como México se distingue arbitrariamente por ser el país del chile y la tortilla —con todo y que a veces comamos otras cosas—, Argentina y Uruguay se caracterizarían por su impresionante carnivorismo —medio kilo de carne diaria por persona— ya que sus excelentes pescados y mariscos no logran entrar del todo a la dieta nacional a pesar de los esfuerzos oficiales. En el mercado municipal de Montevideo comió junto a mí un tonelero del puerto quien gravemente engulló una ración de matambres, asados de tira y bifés, adornados con tres o cuatro vasos de vino, pan y queso, ración que dobló con mucho cuanto, pese a mi entusiasmo, pudo resistir mi estómago mexicano. Chile, faja marina, prefiere los pescados

y mariscos. La comida criolla peruana, incluye guisos a base de maíz y mariscos y reserva su mayor orgullo para los viejos "anticuchos", trozos de corazón de res o de cerdo, ensartados en una larga espina de caña, asados a la parrilla y sazonados con una salsa suave.

En Río de Janeiro, entre tantas sorpresas para todos los sentidos, el viajero puede reservar su predilección, en cuanto al gusto, por el reino de las frutas tropicales, de nombres dignos de una jitanjáfora: maracujá, abacaxí, bacurí y de sabores que recuerdan las descripciones de *Las mil noches y una noche*. La Confeitaria Colombo, al lado de la Rua do Ouvidor, es como nuestra vieja Dulcería de Celaya en proporciones de una catedral y cuyo ritual, al atardecer, es el de los refrescos y los helados, las pastas y las empanadas, las bebidas calientes y los generosos aperitivos. Al lado del misterio moreno de las muchachas brasileñas y del fatal paraguas de los cariocas, el viajero se empeñará en probar el sabor de cada una de esas frutas de aromas suaves de la que sólo una acaso le es familiar, el abacaxí, que es nuestra piña.

Casi toda Suramérica —en contraste con México donde la costumbre europea casi ha desaparecido— se pasa buena parte del día ocupada en comer y beber.



"Las playas de Rio, desnudas de todo resguardo para el bañista"

CUZCO

CUZCO FUE la capital del enorme y poderoso imperio incaico y, cuando los conquistadores al mando de Pizarro entraron triunfantes en la ciudad magnífica, tras de haber capturado y asesinado a Atahualpa, aprovecharon los sólidos sillares de cantera de los palacios indígenas para edificar sobre ellos sus casas y sus iglesias a la usanza española. Así Cuzco es una ciudad india y colonial por partes iguales, semejante en sus aleros y en sus balcones, en sus espléndidas iglesias barrocas y en la amplitud de sus plazas a Pátzcuaro o a San Cristóbal las Casas. Cambia el ingrediente indio, pero no, cuando menos en la apariencia, el resultado. El pintoresquismo nativo es paralelo, el mercado abigarrado y colorido recuerda también a los de Michoacán, Oaxaca o Chiapas; la miseria parece más irredimible; mas en el campo hay un esbelto personaje nuevo, la llama, y en las bocas de los indios un consuelo trágico para el hambre y la altura —3,400 metros—, la coca.

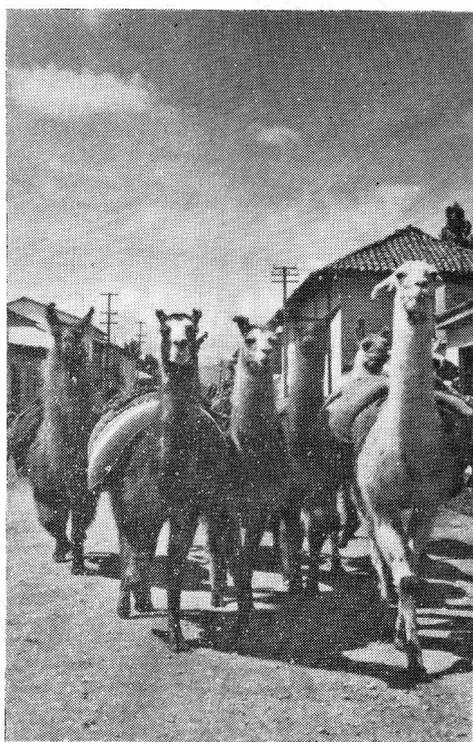
En el mismo Cuzco, bajo los hermosos balcones de madera labrada, los hierros y los frontispicios coloniales, se adivina la aniquilada magnificencia de lo que fue el Templo del Sol o Coricancha, sobre cuyos muros edificaron su convento los dominicos; la Casa de las Vírgenes del Sol o Ajllahuasi, y los palacios de los reyes incas Huayna Capac y Tupac Inca Yupanqui; siempre enormes piedras pulidas, engastadas unas en otras y con poquísimos motivos ornamentales. En las cercanías de la ciudad hay otros monumentos importantes: la imponente fortaleza de Sacsahuamán y una placentera residencia campestre, célebre por sus jardines y termas, Tampumachay; piedras sobre piedras, movidas y pulidas, quién sabe con qué artificios y a costa de cuántas vidas, testimonios de culturas mucho más arcaicas que las nuestras: acaso de mil, dos mil años antes de Cristo. Pero aquella presencia inerte, inexpresiva y remotísima renace de pronto: una niña indígena, a lo lejos, canta suavemente en el atardecer una aguda y lenta melodía que va y viene con el delgado viento andino y que se quisiera detener, repetir, conservar, y en los viejos caminos, entre suaves verdes y amarillos opacos, pasa una recua de llamas guiadas por una mujer tímida y triste que hila su lana en un pequeño huso mientras se desliza por la vereda.

MACHU PICCHU

SALVANDO PRIMERO las montañas que rodean a Cuzco y siguiendo luego el curso del río Urubamba, que desciende a la selva amazónica en un cañón cada vez más profundo y escarpado, van encontrándose numerosas ruinas incaicas: admirables terrazas para cultivos, o andenes, en las laderas del río y pequeñas y grandes fortificaciones que defendían al imperio inca de las incursiones de las tribus selváticas. Una de estas ciudades-fortalezas, acaso la más importante, sin duda la más espectacular, es la de los picachos llamados Machu Picchu y Wayna Picchu.

La belleza de Machu Picchu no reside sólo en sus extensas y complicadas construcciones escalonadas, ni en su selva pétreo desnuda de toda ornamentación sino, principalmente, en el majestuoso

escenario en que se encuentra situado: en la cumbre de altos picachos que dominan un extenso recodo del río. Las terrazas para cultivos, acaso también para jardinería ornamental, rodean las ruinas de los que fueron el palacio principal, el de la Ñusta y el de las tres ventanas, el gran templo, los observatorios, las casas, las tumbas y las numerosas rampas y escalinatas que comunican entre sí los edificios, pero todas estas amplias construcciones —y las del solitario picacho frontero, el Wayna Picchu, donde está el templo de la luna— se encuentran suspendidas sobre un abismo de 500 metros, labradas en las estrechas laderas de los picachos que la niebla ciñe al atardecer. Machu Picchu debió ser una fortaleza y una atalaya, pero también un lugar sagrado donde la belleza y la beatitud, el hondo silencio interior tenían un sentido más inmediato.



"un esbelto personaje nuevo, la llama"

Mas todo este noble esplendor incaico, toda la refinada gracia de las vasijas y las telas preincaicas e incaicas que pueden admirarse en los museos de Lima, toda la cerrada y perfecta organización social y económica que aún existía a la llegada de los españoles, todo el magnífico y milenarismo mundo inca se ha aniquilado para siempre, y el indio quechua y el aymara sólo son ahora pueblos vagabundos consumidos por la miseria; pintorescos y coloridos aún en los días de fiesta, en las ferias y en las peregrinaciones, pero cuyo desamparo, cuya pobreza y cuya tristeza brotan a veces incontenibles, como en la célebre procesión del Señor de los Temblores, en que "veinte, treinta mil personas, al atardecer de un día de marzo o abril, plañen desesperadamente acusando a sus opresores. Creen que el Señor, su padrecito, les hará justicia y fulminará con su ira a los malvados. Un llanto de mujeres, niños, ancianos y hombres incluso, se funde en un rumor oceánico, mientras las andas del Cristo indio (tiene el bronceado cada vez más oscuro a causa del humo de las ceras que siempre están a su alrededor) se balancea lentamente. Un alarido sale de aquella masa humana cuando el Taytacha voltea las espaldas,

penetra al templo y las puertas se cierran tras él, pesadamente. Todo significa un año más de sufrimientos contenidos, a nadie expuestos quizá, que esperan para brotar, como rotas arterias, este día y esta noche de pública audiencia en que el Supremo Juez escuchará la voz de los pobres".*

¿QUE ES MEXICO PARA EL SUR?

DE UNA MANERA general, México es para casi toda la América del Sur el lugar de donde vienen películas de ambiente charro y briosas o quejumbrosas canciones que suelen gustar aún más que las locales. Lamentos por perjurios, abyectas meditaciones sentimentales y bravatas rancheras, divulgadas inicialmente por las películas, se escuchan en todas partes y las muchachas están siempre dispuestas a cantarlas con admirable mimetismo de las cadencias y estilos de nuestras estrellas de la canción. Los cinematógrafos que exhiben películas mexicanas son negocios seguros y las "colas" frente a sus taquillas son cosa común. Además de cultivar adecuadamente otras relaciones culturales, económicas y políticas, parece indispensable poner una atención vigilante en el sentido, en el contenido y en la calidad de esta espontánea penetración cultural, que tan bien pudiera servirnos para hacernos conocer mejor y para difundir nuestras propias tesis y convicciones, y no sólo la fatal y comercial sensiblería o el deformado pintoresquismo.

En las librerías de muchas capitales suramericanas hay libros mexicanos del Fondo de Cultura, bien apreciados por los medios universitarios y de cultura superior, y lo que esos pueblos saben de nuestra cultura lo saben por este solo camino. Raramente suelen verse libros de otras editoriales. Ninguno de nuestros periódicos y revistas comerciales se ve en los expendios, que sí tienen cientos de publicaciones norteamericanas y algunas cubanas, argentinas y brasileñas.

Pero aparte de esta difusión popular y de esta limitada difusión culta, México existe para Suramérica, en los medios políticos y aun en ciertos ambientes sociales, como un ejemplo de "política viril" internacional. Esta expresión la oí de un diputado uruguayo y de un chofer de taxi en Panamá. Se admira a México por su firme, celosa defensa de su soberanía, en contraste con otras actitudes gubernamentales. Y para los hombres preocupados por el destino de sus pueblos, México es un alto ejemplo por dos de los actos decisivos de nuestra Revolución: la reforma agraria y la expropiación del petróleo, hechos sobre los cuales se solicitan insistentemente precisiones, leyes, procedimientos y experiencias. En contraste, causa sorpresa que no se advierta o no se hable en Suramérica de la lección que México ofrece con la reforma social juarista, que tantos males y problemas nos ha evitado y que ha hecho posible nuestro progreso, y cuya carencia representa un atraso social muy grave para casi todo el continente del sur.

Desde otro ángulo, la significación de México para la América del Sur tiene

* Luis E. Valcárcel, *Ruta cultural del Perú*, Fondo de Cultura Económica, México, 1945, p. 177.

también dos grados claramente diferenciados. Para los grandes países del extremo sur y para Brasil, México es sólo el nombre de un país lejano, del que se sabe poco o nada y al que, en todo caso, no se considera con importancia vital inmediata. Para la Suramérica mestiza, esto es, para los países del norte, México existe, en cambio, como una lección viva y aun como una intensa atracción turística. Algunos han venido a la ciudad de México, a Acapulco y a Cuernavaca y todo les ha parecido encantador; muchos más desean venir.

EL MAS Y EL MENOS DE MEXICO FRENTE AL SUR

APARTE DE LOS aspectos técnicos de desarrollo económico, situación social y significación cultural, que son tratados frecuentemente por expertos, sólo me atrevo a señalar unos cuantos puntos de carácter general, de más y menos en la cuenta de México en relación con Suramérica.

Una de las superioridades evidentes de México radica, en mi opinión, en el hecho de haber planteado y resuelto —oportuna y precursoramente— problemas sociales fundamentales en la vida hispanoamericana: separación de la Iglesia y el Estado, liquidación del militarismo como fuerza política, reforma agraria, derechos laborales, nacionalización de los recursos básicos y los servicios públicos, defensa constante de la soberanía, lo que es decir, Reforma y Revolución o Juárez, Madero, Carranza, Zapata, Cárdenas y los gobiernos inmediatos. Tenemos sin duda aún muchos problemas sociales, una gran parte de nuestro pueblo vive con pobreza o con miseria, no es aún perfecta nuestra justicia social, sí, pero también es cierto que estamos orientados por nuestras leyes y por el impulso activo de los mejores mexicanos hacia el camino seguro que nos salvará a todos juntos, sin discriminaciones ni proscripciones sociales. El mestizo es la base de nuestra sociedad y el indio y su justicia nuestra convicción y nuestra preocupación permanentes. Nos sentimos, racional o sentimentalmente solidarios y ligados con el indio, defensor orgulloso de su estirpe, y Cortés, civilizador pero también conquistador y destructor, no tendrá en México monumentos que sí tiene en el sur Pizarro. Todo este legado, este impulso y estas convicciones nuestras, que no existen por lo general en Suramérica, agobiada todavía en algunos países por el militarismo y el clericalismo, desdeñosa por lo general de sus indios, dominada por oligarquías y poco escrupulosa de sus relaciones internacionales con los poderosos, constituyen nuestras excelencias y nuestro orgullo. Pero, al mismo tiempo, sería injusticia no mencionar que en todos los países suramericanos existen viejos y jóvenes luchadores limpios que se esfuerzan día a día por vencer estas injusticias y por librar a sus pueblos del imperio de estas fuerzas oscuras.

En el reverso de la medalla hay que fijar hechos diversos. La vida cívica, en algunos países de Suramérica, tiene un desarrollo y una actividad orgánica que aún no hemos alcanzado, lo mismo en la actuación de los partidos políticos que en su representación proporcional en el gobierno. Es posible que en ocasiones se llegue a una atomización del poder o que la composición democrática del go-



Buenos Aires. Capital de Argentina



Vendedor de pájaros, en las calles de Buenos Aires

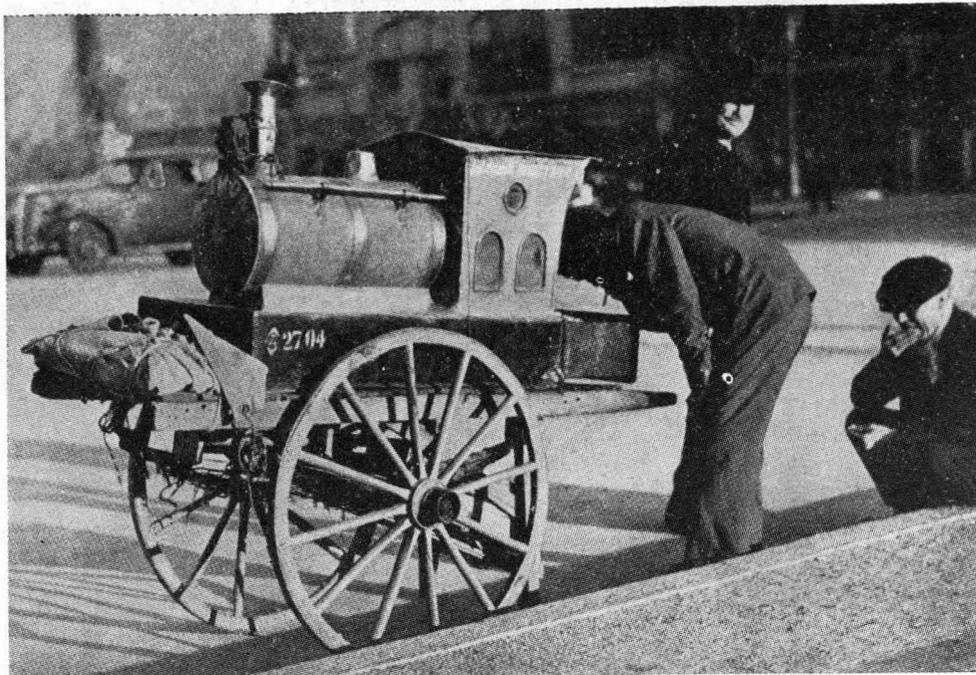


Santiago. Capital de Chile

bierno implique ineficacias administrativas y constantes tropiezos en el curso de los negocios públicos, pero es evidente que, así funcione imperfectamente el sistema, expresa las convicciones políticas de mayorías y minorías.

Ciudades como Montevideo y Buenos Aires —ya que no puedo hablar de los países— parecen tener un nivel medio de vida y de educación superior al de la ciudad de México, donde se aprecian tan acusados contrastes, contrastes que sí se advierten en Río de Janeiro y en Santiago, y en menor escala, en Bogotá. En el orden educativo y cultural, Argentina, Uruguay, Chile y Colombia tienen proporcionalmente índices superiores a los de México, en alfabetismo, número de escuelas y maestros, población universitaria, consumo de papel periódico, publicación y venta de libros, etc., lo que se hace desde luego notorio en la conversación con obreros y servidumbre. En Colombia, donde el problema de alfabetismo popular es semejante al nuestro, es notable el acceso más numeroso a la educación superior y universitaria. Todo ello tiene, por supuesto, una explicación histórica y geográfica. La tarea civilizadora se hace más lenta, más cara y más difícil cuando la obstruye la geografía y la distrae el clima. Además, circunstancialmente recordemos que mientras el magnífico Sarmiento formaba maestros y sembraba escuelas en el sur, en México luchábamos contra dos invasiones extranjeras y dirimíamos el conflicto social fundamental que nos llevó a la guerra de Reforma.

En otro orden de cosas, países como Brasil, Uruguay, Argentina y Chile son espontáneos y orgullosos consumidores de sus propios productos y sólo requieren del extranjero la indispensable maquinaria o combustibles. Al mexicano, tan rodeado y vestido de artículos importados, le admira y aun contagia este entusiasmo suramericano por su propia producción y quisiera verlo vivo en México donde no sólo la vecindad norteamericana sino una educación desviada nos lleva a preferir muy a menudo, para perjuicio de nuestra economía, lo importado. En Río de Janeiro, en Montevideo, en Buenos Aires y en Santiago, toda la ropa que usan hombres y mujeres son nacionales; es nacional también el buen vino que beben con patriótico ímpetu y, en suma, no tienen otro toque extranjero que alguno de los aparatos caseros o el viejo automóvil. Por



Vendedor de cacahuates, en Buenos Aires



Examinando el trigo en la pampa

supuesto que en un hecho como éste intervienen radicalmente las distancias y las restricciones aduaneras y fiscales, pero recordemos que, aun existiendo para nosotros estas últimas, nos obstinamos obcecadamente en vencerlas cuando po-

demo. Pregunté a una señora en Santiago de Chile qué productos importados echaba de menos. —Sólo los pañuelos de papel, cuando me acuerdo de que existen — me contestó.

Junio de 1959

DISCURSO

EN LA CÁMARA de Representantes del Uruguay, el doctor Héctor Payssé Reyes, Presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales, pronunció un discurso el Día de las Américas (14 de abril de 1959) para rendir homenaje a la figura de Benito Juárez.

El doctor Payssé Reyes es un destacado político uruguayo. Internacionalista, periodista y legislador, ha ocupado en diversos períodos bancas en la Cámara de Representantes y en la de Senadores. Ha desempeñado importantes misiones en el extranjero. Visitó México en el año de 1955, presidiendo la delegación del Uruguay en los Segundos Juegos Deportivos Panamericanos. Desde entonces se ha vinculado con varios círculos nacionales. Fue recibido en audiencia especial por el Presidente don Adolfo Ruiz Cortines.

En su discurso, Payssé Reyes, compara al Benemérito de las Américas con los personajes más destacados de la libertad continental: Jefferson, Bolívar, Sarmiento, Martí, etcétera. Y pasa a concretar sus simpatías por el pueblo mexicano en la figura de Benito Juárez. Con emotivas palabras recuerda los rasgos más destacados de la vida y la obra del héroe de la Reforma. En varios párrafos hace referencia a los ataques de un conocido escritor mexicano, refutando sus objeciones, y elogia la actitud de Juárez, que combatió la mala influencia del clero, de los conservadores, y de las potencias extranjeras con ambiciones imperialistas en nuestro continente.

Termina Payssé Reyes proponiendo que la Organización de Estados Americanos se ocupe en una vasta labor editorial que dé a conocer el pensamiento liberal latinoamericano en todos los países del mundo.



Monasterio español en Quito